

## *No sólo a través de política: Pensando hacia un futuro post-capitalista*

Autor:

*Andrew J. Kliman*  
*akliman@pace.edu*

Traductor:

*Gabriel C. Cabrera*  
*gabriel.camacho.cabrera@est.una.ac.cr*

Publicado por:

*With Sober Senses, Marxist-Humanist Initiative.* (Diciembre, 2018).

i. Nota del editor original:

Este ensayo es una versión corregida y ligeramente modificada de la presentación del autor, titulada “*No sólo a través de Política*”, durante el coloquio “*Pensando hacia un futuro post-capitalista*” que tuvo lugar en la conferencia del Foro de Izquierda en la ciudad de Nueva York el día 11 de marzo, 2006.

ii. Nota del traductor:

El texto original fue publicado el día 26 de diciembre del 2018, forma parte de la sección “*Alternatives to Capital*” del blog *With Sober Senses* a cargo de *Marxist-Humanist Initiative*. Este trabajo incluye originalmente una única nota al pie, la quinta; las notas extra, agregadas al pie de página, se distinguen por el uso de corchetes (<sup>1</sup>), la primera, cuarta, sexta y séptima notas al pie fueron agregadas por motivos aclaratorios, mientras que la segunda y la tercera se agregaron con el fin de profundizar lo planteado en el texto.

iii. Título original:

*“Not by Politics Alone: Thinking Through a Post-Capitalist Future”.*

Yo creo que el problema central que enfrentan las personas que luchan por la libertad hoy es la extensa aceptación del eslogan *TINA* (*There is no alternative*, por sus siglas en inglés) popularizado por Margaret Thatcher la creencia de que “no hay alternativa”. Los principales eventos que han llevado a la aceptación del *TINA* son el colapso de los regímenes del capitalismo de Estado que se autoproclamaban “Comunistas” y los múltiples fracasos de la socialdemocracia a la hora de rehacer la sociedad.

Por supuesto, las luchas por la libertad no se ven frenadas por esto. Aunque la aceptación del *TINA* actúa para confinar esas luchas. Estas se vuelven *auto-limitantes*. Con la perceptible ausencia de alternativa, es de suma importancia que las luchas sociales paren, por completo, de tan si quiera hacer el intento de rehacer la sociedad. Como ya ha argumentado Bertell Ollman, “¿Para qué molestarse en luchar por un cambio que no puede ser? ... la gente tiene [necesita tener] una buena razón para elegir un camino hacia el futuro en vez de otro”.

La gente necesita tener una buena *razón*. Eso es porque son *racionales*. Es racional involucrarse en luchas para cambiar lo que puede cambiarse, y es racional *abstenerse* de luchar por lo que *no puede* ser cambiado. La gente que no quiere escuchar sobre socialismo por los fracasos y horrores de lo que creen que fue socialismo, tiene toda la razón. También, por supuesto, hay un movimiento de justicia global nuevo, parte del cual se autodenomina anti-capitalista, este sector ha popularizado el eslogan “Otro mundo es Posible”. Este eslogan, también, es eminentemente racional, si uno lo interpreta, al igual que yo, como un llamado a pensar hacia la posibilidad de otro mundo y de concebir otro mundo.

Pero últimamente, la racionalidad de las luchas que no son solamente luchas *contra* la injusticia y la explotación, sino luchas *por* una sociedad *humana* completamente diferente, no-capitalista, depende de si otro mundo es realmente posible. En este momento, creo yo, ningún teórico ni activista puede responder con certeza si eso *es* posible.

Yo no creo que esta sea una razón para desesperarse. El esfuerzo de definir cómo otro mundo quizás sea posible es en realidad sólo el comienzo. Este problema recibió casi nada de atención durante la mayor parte del siglo pasado. Hasta el colapso del supuesto comunismo y la prueba viviente de que la socialdemocracia no es más que un sueño fútil, casi todas las personas en la Izquierda asumían que simplemente el socialismo era posible, porque realmente existió. Algunos estaban dispuestos a criticar a Rusia, China, Cuba, etc., en una variedad de grados, pero también tendían a creer que la existencia real de estos países era prueba de que el socialismo era posible. A como lo veían, los males o defectos en estos países no provenían de su *modo de producción*; eran esencialmente *políticos*. Lo que se necesitaba era un cambio político – “socialismo y democracia” en vez de socialismo sin democracia, o “socialismo desde *abajo*” en vez de socialismo desde arriba, etc. Y otras personas confiaron en que las acciones políticas efectivas permitirían que los logros de la socialdemocracia se mantuvieran y gradualmente extendieran, abarcando más y más aspectos de la existencia económica y social.

Por lo tanto, ha sido sólo en años recientes en los que se le ha prestado algo de atención teórica significativa a si otro mundo es posible. Yo creo que este es el problema central del pensamiento revolucionario hoy día. Exponer los males del capitalismo es un abordaje insuficiente cuando lo que se preguntan diez millones de personas es si tan siquiera hay una alternativa. Tampoco es suficiente enfocarse en la organización o la creación de movimientos, ni abandonar todo para que actúe de manera espontánea solamente. Las luchas por la libertad van a continuar sin duda alguna, por el impulso de cambiar las cosas, el sentimiento de que es necesario cambiar las cosas, el cual surge espontáneamente por los defectos de la sociedad existente. Pero de nuevo, las luchas no van a alcanzar un futuro totalmente diferente mientras ese futuro se perciba como un castillo-en-el-aire (es decir, como una promesa ilusoria que no puede cumplirse).<sup>[1]</sup>

---

<sup>[1]</sup> La expresión en inglés es “*pie-in-the-sky*”, etimológicamente esta proviene de la canción *The Preacher and the Slave* compuesta por Joe Hill como una crítica al Ejército de Salvación y los proselitistas religiosos por no enfocarse en las necesidades materiales de las personas. La frase equivalente en español vendría a ser “*construir castillos en el aire*” o “*hacer castillos en el aire*”, tomando en cuenta que esta no es una expresión muy utilizada en nuestro idioma, su uso da a entender que se está en una fantasía, y además, que se tienen esperanzas carentes de fundamento o se hacen promesas que posteriormente no pueden cumplirse.

Y de nuevo, dichas percepciones han surgido por razones racionales, en gran parte por los fracasos y el horror vividos el siglo pasado. Por lo que de seguro es insuficiente simplemente afirmar que otro mundo es posible, o continuar contento por una falsa esperanza de que es posible. La posibilidad de otro mundo necesita ser *demostrada*. Y esto solamente puede verse al demostrar *cómo* es posible romper con el capitalismo y *cómo* tal ruptura podría ser sostenible.

Hay una serie de dificultades distintas en las que pienso al usar el término “sostenible”. Una de ellas es que el surgimiento de una ruptura con el capitalismo a nivel global es difícil de imaginar. Esto representa un serio problema de sostenibilidad, porque, como creo que la historia lo demuestra, el socialismo en un solo país es, en efecto, imposible. ¿Qué puede hacerse para defender mientras tanto esa ruptura con el capitalismo, contra ambos, el inevitable intento de una contra-revolución y la tendencia totalizadora del capitalismo, su tendencia a absorber e incorporar todo dentro de sí? No lo sé. Ni conozco a nadie que lo sepa. Lo que sí sé, es que esta pregunta debe plantearse con extremo cuidado – y debe plantearse ahora. No puede posponerse hasta “después de la revolución”. Asumir que habría tiempo, a ese punto, de idear una respuesta o tiempo de resolverla experimentando, denota pensamiento ilusorio en su máximo esplendor. Es realmente difícil creer que se contaría con el tiempo suficiente antes de la contra-revolución y antes de que los tentáculos del sistema capitalista entren en acción.

En cuanto a la “sostenibilidad”, también pienso en una serie de problemas económicos que deben ser confrontados. Si la nueva sociedad emergente no “cumple con lo prometido”, y si no se moviliza hacia la eliminación del trabajo enajenado y la reducción del tiempo de trabajo, no tendría un mandato popular – y en efecto, no habría razón para que continuara existiendo. A este punto, sólo se mantendría viva mediante el uso de la fuerza, mediante la supresión de la oposición masiva, por lo que se convertiría en su opuesto.

Entonces, ¿cómo la nueva sociedad puede cumplir con lo prometido, encaminarse hacia la eliminación del trabajo enajenado, y reducir el tiempo de trabajo? Considero que ese es un problema mucho más difícil de lo que usualmente se piensa.

Primero que todo, hay un problema de coordinación económica. Algunas personas tienden a visualizar una nueva sociedad en la que a todos se les deje solos para hacer lo que él o ella crean conveniente. Nunca parecen considerar que una precondition absoluta para que la gente pueda dedicarse a sus propios asuntos es que tengan comida en la mesa, un techo sobre sus cabezas, etcétera, así que – a menos de que quieran recolectar frutos y dormir en cavernas – pueden dedicarse a sus asuntos sólo si otras personas producen comida y refugio para ellos. En otras palabras, la gente puede dedicarse a sus asuntos propios sólo si el resto es *privado* de dedicarse a los suyos. No conozco a nadie que considere entre “sus asuntos” pasar su vida esclavizándose para que los demás puedan ser vividores. Entonces la demanda de dedicarse individualmente a los propios asuntos es una receta para volver a la sociedad de clases, no una receta para la libertad.

Una versión menos extrema de la misma postura, visualiza no individuos por separado, sino grupos relativamente pequeños, dedicándose a sus propios asuntos. Habría, por ejemplo, fábricas manejadas por consejos obreros, en las que los trabajadores *al interior de una fábrica particular* decidirían qué producir, cómo producirlo, y todo lo demás. Tales ejemplos no logran hacerle frente

a los problemas de coordinación. Un consejo obrero decide producir más jugo. Genial. Otro consejo obrero en fábricas que producen botellas y cajas de cartón decide, en lugar, hacer otras cosas, porque estos procesos de producción son muy inseguros y enajenantes. Maravilloso. Pero ahora no hay nada en qué poner el jugo, entonces el consejo obrero que *decidió* producir más jugo no puede *realmente* producir más jugo.

Este ejemplo tan sólo analiza un vínculo económico, entre la producción de botellas y cajas de cartón y la producción de jugo. El número de estos vínculos es astronómico. Nos guste o no, somos parte de una red global gigantesca, entrecruzada, de unidades de producción y unidades de distribución. A menos de que queramos recolectar frutos y dormir en cavernas, o quizás vivir en pequeñas comunidades ganándonos a duras penas la subsistencia de la tierra, debe existir coordinación económica.

Entonces hay algo fundamentalmente erróneo con imaginar que una nueva sociedad puede *caracterizarse* como una sociedad en la cual las personas o los grupos de personas decidan por cuenta propia. Por supuesto, lo que todos queremos es una sociedad en la que decidamos por nosotros mismos, en vez de una en la que otras personas, o las leyes ajenas e impersonales del capitalismo, tomen decisiones por nosotros. Pero el “nosotros” que decida debe ser, en la gran mayoría de los casos, el “nosotros” global, y en otros casos el “nosotros” regional o continental. Aún más importante, el problema de coordinación es un hecho que deja absolutamente claro que alcanzar una nueva sociedad no es principalmente una cuestión de toma de decisiones, o de política, o de formas de organización.

Este es el caso incluso si estamos de acuerdo que, en muchos casos, la toma de decisiones debe ser un proceso global. El “nosotros” global puede decidir si produce más de casi cualquier cosa con el fin de erradicar la hambruna y la pobreza extrema. Nosotros podemos tomar la decisión de reducir las horas de trabajo de todos con el objetivo de darnos más tiempo para el ocio y más tiempo para nuestro autodesarrollo. Nosotros podemos decidir hacer que el trabajo sea menos enajenante, deshacernos de la maquinaria y los procesos de trabajo inseguros, ponerle fin a las condiciones de aceleramiento, entre otras cosas. Podemos decidir invertir en nuevas tecnologías que disminuyan la necesidad de trabajo humano. Sin embargo, no importa lo que decida el “nosotros” global: es simplemente imposible que todo esto suceda al mismo tiempo. Si se invierte más en nuevas tecnologías, se tiene que disminuir el esfuerzo para acabar con la pobreza ahora. Mientras más se haga para acabar con la pobreza ahora, menos se puede hacer para disminuir las horas de trabajo y menos se puede hacer para reducir el trabajo enajenado. Y así sucesivamente. Incluso las formas de organización más participativas y no-jerárquicas operarían necesariamente bajo estas estrictas restricciones físicas y lógicas, restricciones sobre las cuales no tienen control alguno y que no pueden hacer desaparecer simplemente por tomar la *decisión* de abolirlas.<sup>[2]</sup>

---

[2] “(...) tenemos que resolver cómo podemos tener una sociedad moderna que funcione sin que las leyes de la producción capitalista tengan el control. Muy pocas personas en la izquierda han comprendido que este es un problema real. Sin embargo, ningún comisario puede dictar que los medios de producción pertenecen a toda la sociedad, o que produciríamos por necesidad en lugar de para obtener ganancias, y ningún consejo obrero puede votar por estas cosas. Primero debe haber nuevas relaciones de producción; sólo entonces serían posibles estas cosas. Esto también parece utópico, pero, una vez más, no hay realmente alternativa.” (Kliman, 2011, pp. 206)

Entonces a través de sólo la política, a través de sólo la toma de decisiones, no se puede crear una nueva sociedad. No importa cuán participativo y no-jerárquico sea el proceso de toma de decisiones. Qué producir, cómo producir, etcétera, no son preguntas que puedan resolverse tomando decisiones o elaborando nuevas formas de organización que vayan a tomar esas decisiones.<sup>[3]</sup>

Ahora en este punto, la gente frecuentemente trata de negar que las restricciones de las que he venido hablando manifiestan un problema real. Supuestamente, las restricciones a las cuales nos enfrentamos en realidad son muy imprecisas. Dicen que cosas tales como la redistribución del ingreso, la eliminación del gasto y el despilfarro, y los incrementos en la productividad obtenidos mediante el entusiasmo revolucionario pueden permitirnos satisfacer todas nuestras necesidades materiales y espirituales, y trabajar menos, y volver el trabajo creativo y satisfactorio – y que podemos hacer todo esto justo ahora, inmediatamente después de deshacernos del capitalismo. Esto denota un pensamiento extremadamente ilusorio.

Hoy en día el ingreso *promedio* por persona en el mundo es solamente el 22% del ingreso promedio en los EE.UU. Por lo que, si redistribuimos todo equitativamente, tendríamos un nivel de vida menor a  $\frac{1}{4}$  del promedio actual en los EE.UU. Si también eliminamos el gasto causado por el desempleo, y la guerra, y la producción para satisfacer necesidades alienadas, y si eliminamos el gasto que existe ahora por culpa de los jefes, las cárceles, los ideólogos y todo lo demás que se utiliza para mantener a la gente en su lugar, y si eliminamos el gasto derivado de la publicidad, el comercio, y la especulación financiera – si eliminamos todo esto, o sea, si tenemos mucha suerte, tal vez sea posible duplicar el output genuino de la noche a la mañana. Ese sería un logro tremendo. Pero si se duplica la cifra actual, 22%, significa que todos estaríamos viviendo al 44% – menos de la mitad – del actual nivel de vida promedio en los EE.UU.

Ahora tomemos en cuenta un poco de entusiasmo revolucionario, y quizás alguna forma de incrementar el output de la que me haya olvidado, y agreguemos unos 10 puntos porcentuales extra porque ustedes piensan que mis estimaciones resultan muy pesimistas. Entonces, imaginen que inmediatamente tendríamos el triple de lo que tenemos actualmente. Ese sería un logro realmente asombroso.

Sin embargo, eso elevaría el nivel de vida global a tan sólo dos-tercios del actual promedio en los EE.UU. Y eso es *antes* de cualquier reducción del tiempo de trabajo, *antes* de cualquier esfuerzo para eliminar los procesos de trabajo inseguros y enajenantes, *antes* de cualquier eliminación del aceleramiento, y *antes* de cualquier inversión adicional en nuevas tecnologías que reduzcan la

---

<sup>[3]</sup> “(...) un sistema económico, a diferencia de una sola empresa (...) no es algo que uno administra mediante la emisión de directivas. Es una red de relaciones. Estas relaciones seguirán regidas por las leyes de la producción capitalista a no ser que, y hasta que, esas leyes se rompan, y eso requeriría una transformación completa de las relaciones de producción. Las directivas no van a romper esas leyes de la producción capitalista. La ley más importante es la determinación del valor por el tiempo de trabajo. Obliga a una empresa, y a quienquiera que la posea o “controla”, a minimizar los costos con el fin de mantener la competitividad, y por lo tanto, a despedir trabajadores ineficientes o innecesarios, acelerar la producción, mantener condiciones laborales inseguras, producir para obtener ganancia en vez de por necesidad, y así sucesivamente. Si uno está en un sistema capitalista, no puede simplemente emitir una política para producir por necesidad, o una directiva para abstenerse de despedir trabajadores. Reducir los costos es la clave para supervivencia.” (Kliman, 2011, pp. 205)

necesidad de trabajo humano. Reducir la semana de trabajo de 40 a 30 horas, por ejemplo, reduce inmediatamente nuestro nivel de vida devuelta a la mitad del promedio actual en los EE.UU.

Así que las restricciones a las que nos enfrentamos son muy reales, y bastante fuertes. Debido a esto, alcanzar una nueva sociedad no sería simplemente cuestión de las cosas en las que mayoritariamente se ha enfocado la Izquierda – cambiar nuestras prioridades sociales, cambiar quién toma las decisiones, y cambiar cómo las decisiones son tomadas. Esas cosas son importantes, pero por sí solas no son la solución a nuestros problemas sociales. Nosotros no podríamos crear una utopía de la noche a la mañana, o en el futuro previsible, simplemente por ganar control político, por tener nuevas formas de organización y toma de decisiones, ni por establecer prioridades sociales distintas. Claramente estamos todavía *muy* lejos del punto en el que la sociedad podrá escribir en sus banderas, “De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades”.<sup>[4]</sup>

Y esto nos trae a lo que considero hasta ahora el problema más importante y de mayor dificultad, el problema de los llamados “incentivos”. Simplemente no sería posible que, justo después de deshacernos del capitalismo, todos sean capaces de obtener lo que sea que necesiten, *independientemente* de qué tanto contribuyan. No hay suficiente para todos. Y como he sugerido anteriormente, no deberían creer que los demás van a dedicar sus vidas a satisfacer libremente sus necesidades si no realizan lo que *ellos* consideran una contribución adecuada. Así que tendremos que encontrar maneras de vincular lo que la gente recibe de la sociedad con lo que contribuyen a la sociedad.

Y si queremos romper con el capitalismo, necesitaríamos encontrar una manera *no-capitalista* de vincular lo que uno recibe con lo que uno contribuye. Esto implica que las personas no van a recibir acorde al *valor* de lo que producen, medido por su precio monetario.<sup>5</sup> Ni van a recibir acorde a la *cantidad física* de su output. Eso es lo que tenemos ahora; los trabajadores que utilizan tecnologías más avanzada, los trabajadores calificados, y los trabajadores fuertes que cuentan con todas sus capacidades físicas reciben recompensas mucho más altas en comparación con todos los demás.

---

<sup>[4]</sup> Frase célebre de Karl Marx, proviene de la sección *Glosas marginales al Programa del Partido Obrero Alemán* en su *Crítica del Programa de Gotha*, he aquí el párrafo originario: “En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!” (pp. 30-31).

<sup>5</sup> Para romper con el capitalismo, creo yo, sería necesario terminar con la producción de valor. Esto implica un cambio profundo en cuanto a *qué* contribuyen los trabajadores; no contribuirían “valor” abstracto en adición a la cantidad real de trabajo que contribuyen. Por lo tanto, el problema de encontrar una manera novedosa de vincular lo recibido y lo contribuido no es un problema distributivo independiente. Depende y se deriva del cambio necesario en las relaciones de producción (es decir, el cambio en cuanto a qué contribuyen los trabajadores). Para una mayor discusión sobre este tema, véase la Sección IV de mi ensayo “Alternativas al Capitalismo”. [El ensayo en inglés, su idioma original, se encuentra en el siguiente enlace: <https://www.marxisthumanistinitiative.org/alternatives-to-capital/doug-lain-interview-with-andrew-kliman-on-his-alternatives-of-capitalism-what-happens-after-the-revolution.html>]

De hecho, la fuente de pobreza y desigualdad más importante en el mundo hoy día *no* es la extracción de plusvalía (plusvalor) en la producción capitalista, sino la operación de la ley del valor en su forma más simple.<sup>[6]</sup> Al abstenerse de la plusvalía, la ley del valor implica que los productores sean recompensados según qué tanta cantidad física de output producen. El resultado es enorme pobreza y desigualdad, ya que, en China, India, etcétera, ¡El output agrícola por hora es *menos del uno por ciento* de lo que es en los EE.UU.!

Claramente, lo que debemos resolver es cómo vincular lo que las personas reciben en su condición de trabajadores a qué tanto y cuan duro trabajan, no cuánto valor u output producen. (Digo “reciben *en su condición de trabajadores*” porque ciertamente no planteo que las personas que se encuentran incapaces de trabajar deberían morir de hambre). No obstante, establecer el vínculo de lo que la gente recibe con la duración e intensidad de su trabajo resulta no ser tan fácil como suena. Esto se debe a que, mientras las personas no contribuyan libremente de acuerdo a sus capacidades, sin importar lo que reciban, tienen un incentivo para *representar engañosamente* qué tanto tiempo y cuán fuerte han trabajado, como individuos o como grupo.

El problema de esa representación engañosa del esfuerzo y tiempo de trabajo es muy difícil de resolver. Por ejemplo, me parece que Michael Albert comprende bien la necesidad de *romper* el vínculo entre lo que los trabajadores reciben y la cantidad física de output que producen. Sin embargo, ante el problema de la representación engañosa, termina defendiendo que los distintos grupos de trabajo tengan normas de producción que deben cumplir. Por lo tanto, si el output del grupo de trabajo decae por debajo de la norma, los miembros de dicho grupo serían castigados con una reducción proporcional en lo que reciben. Entonces, en gran medida, la ley del valor, el vínculo entre lo que los trabajadores reciben y la cantidad física de output que producen, permanecería intacta. La Economía Participativa tampoco ofrece nada cercano a una solución al problema sumamente serio de la desigualdad de origen tecnológico entre el primer y el tercer mundo, a la

---

<sup>[6]</sup> La *ley del valor* en Marx hace referencia a su teoría del valor-trabajo, que se distingue de la elaborada por sus antecesores clásicos (economistas como Adam Smith, Thomas Malthus, David Ricardo, etc.), para Marx el valor de una mercancía es determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario, el trabajo sólo crea valor en tanto es promedialmente necesario o socialmente necesario y cualquier trabajo gastado en la producción de una mercancía que exceda lo que se define como tiempo de trabajo socialmente necesario, no se considera como trabajo creador de valor (Kliman, 2007, pp. 21); la *ley del valor* también puede referirse a “las fuerzas impersonales y ciegas de la economía que ejercen su influencia en la sociedad. Es exclusiva de una sociedad en la que la forma de trabajo dominante es la producción para el intercambio en el mercado. Las relaciones entre las personas se convierten en relaciones de valor entre mercancías. Y estas relaciones de valor se convierten en fuerzas impersonales que tienen consecuencias inesperadas para la sociedad” (Cooney, 2010). Marx agrega en su *El capital* (Tomo I), que: “la *ley del valor* de las mercancías determina qué parte de todo su tiempo de trabajo disponible puede gastar la sociedad en la producción de cada tipo particular de mercancías” (pp. 433). En *El capital* (Tomo III) Friedrich Engels parafrasea a Sombart en su *Apéndice y notas complementarias*, quien mediante una definición algo genérica (pero aún correcta, según afirma el propio Engels) plantea que: “la ley del valor rige, en última instancia, en un orden económico capitalista, los procesos económicos, y tiene para ese orden económico, en forma totalmente general, el siguiente contenido: el valor de las mercancías es la forma histórica específica en la que se impone de manera determinante la fuerza productiva del trabajo, que en última instancia domina todos los acontecimientos económicos” (pp. 1130). Véase el glosario adjunto a *El capitalismo tardío* (Mandel, 1979, pp. 570) para una definición más detallada del término: <https://bit.ly/2YA0wtZ>

que he aludido anteriormente; Albert imagina que la “Economía Participativa en un sólo país” es posible.<sup>[7]</sup>

La razón por la cual señalo estos puntos no es para criticar a la Economía Participativa *per se*. Creo que Albert y Hahnel han pensado muy seriamente sobre algunos de los problemas que he venido señalando. Ellos entienden muy bien que una verdadera alternativa al capitalismo debe tener su propia lógica auto-sostenible. A mi parecer, la Economía Participativa es el intento más exitoso hasta ahora de articular la lógica interna de una sociedad democrática sin la producción de valor, la mercantilización de la fuerza de trabajo, o los mercados, y con muy poca o realmente ninguna división entre el trabajo manual e intelectual. Entonces, mi punto no es criticar su trabajo, sino enfatizar que hay problemas teóricos serios que continúan sin resolverse. Por lo tanto, se necesita urgentemente más trabajo y más aporte al pensamiento en líneas similares.

Para concluir, admito abiertamente que los problemas que he venido exponiendo son problemas técnicos. Pero no son *sólo* técnicos. Lo que está en discusión es si otro mundo es posible. Las sociedades absolutamente *deben* resolver los problemas de coordinación, incentivos, y representación engañosa del esfuerzo en el trabajo, y deben “cumplir con lo prometido”. Hasta la fecha, sólo se ha encontrado una manera de resolver estos problemas en una economía avanzada: la manera capitalista.

El capitalismo no funciona para el beneficio de la inmensa mayoría del mundo, y tampoco funciona particularmente bien bajo sus propios términos; está sujeto a continuas crisis y una inestabilidad persistente. Pero sí *funciona*. Sí resuelve los problemas de coordinación, incentivos, y de representación engañosa del esfuerzo en el trabajo, sí “cumple con lo prometido”, etcétera, *lo suficientemente bien* como para mantenerse en marcha año tras año. A menos que se encuentre una forma no-capitalista de resolver estos problemas, no hay una alternativa emancipadora al capitalismo. Cualquier ruptura con el capitalismo que no resuelva estos problemas simplemente no puede tener éxito. Para poder solucionar estos problemas, la sociedad retrocedería rápidamente devuelta al capitalismo. O la sociedad descendería a otras alternativas aún peores, como el caos total o el caudillismo. Tal vez sea más agradable hablar sobre el tipo de mundo que nos gustaría ver, pero la tarea realmente urgente que enfrenta la humanidad es resolver cómo otro mundo es tan siquiera *posible*.

---

<sup>[7]</sup> Economía Participativa, o *Participatory Economics* (abreviado *ParEcon* o *Parecon*) en inglés, es un modelo de sistema económico alternativo basado en la planificación democrática y descentralizada; fue desarrollado por los economistas Michael Albert y Robin Hahnel durante las décadas de 80s y los 90s, siendo presentado formalmente hasta 1991. Enlace del sitio web oficial: <https://www.participatoryeconomics.info/>



iv. Referencias:

1. Albert, Michael; Hahnel, Robin. (2019). *Participatory Economics: A model for a new economy*. ParticipatoryEconomics.info. Recuperado de: <http://www.participatoryeconomics.info/wp-content/uploads/2014/11/Participatory-Economics.pdf>
2. Cooney, Brendan. (2010). *Law of Value – Introduction*. Kapitalism101. Recuperado de: <https://kapitalism101.wordpress.com/2010/04/28/law-of-value-introduction/>
3. Kliman, Andrew. (2018). *Not by Politics Alone: Thinking Through a Post-Capitalist Future*. With Sober Senses: Marxist-Humanist Initiative. Recuperado de: <https://www.marxisthumanistinitiative.org/alternatives-to-capital/not-by-politics-alone-thinking-through-a-post-capitalist-future.html>
4. Kliman, Andrew. (2007). *Reclaiming Marx's "Capital": A Refutation to the Myth of Inconsistency*. Lexington Books.
5. Kliman, Andrew. (2011). *The Failure of Capitalist Production: Underlying Causes of the Great Recession*. PlutoPress.
6. Mandel, Ernest. (1979) [1972]. *El capitalismo tardío*. Ediciones Era.
7. Marx, Karl; Engels Friedrich. (2004). *Crítica del Programa de Gotha. / Crítica al Programa de Erfurt*. Fundación Federico Engels.
8. Marx, Karl. (2008) [1975]. *El capital: Crítica de la economía política. Tomo I*. Siglo XXI Editores, S.A.
9. Marx, Karl; Engels, Friedrich. (2009) [1976]. *El capital: Crítica de la economía política. Tomo III*. Siglo XXI Editores, S.A.